XXX

DÓNDE VIVÍA LA PROTAGONISTA

El barrio de Amparo era de gente pobre; abundaban en él cigarreras, pescadores y *pescantinas*. Las diligencias y los carruajes, al cruzarlo por la parte de la Olmeda, lo llenaban de polvo y ruido un instante, pero presto volvía á su mortecina paz aldeana. Sobre el parapeto del camino real que cae al mar, estaban siempre de codos algunos marineros, con gruesos zuecos de palo, faja de lana roja, gorro catalán; sus rostros curtidos, su sotabarba poblada y recia, su mirar franco, decían á las claras la libertad y rudeza de la vida marítima; á pocos pasos de este grupo, que rara vez faltaba de allí, se instalaba, en la confluencia de la alameda y la cuesta, el mercadillo: cestas de marchitas verduras, pescados, mariscos; pero nunca aves ni frutas de mérito.

Lo más característico del barrio eran los chiquillos. De cada casucha baja y roma, al lucir

el sol en el horizonte, salía una tribu, una pollada, un hormiguero de ángeles, entre uno y doce años, que daba gloria. De ellos los había patizambos, que corrían como asustados palmípedos; de ellos derechitos de piernas y ágiles como micos ó ardillas; de ellos bonitos como querubines, y de ellos horribles y encogidos como los fetos que se conservan en aguardiente. Unos daban indicios de no sonarse los mocos en toda su vida, y otros se oreaban sin reparo, teniendo frescas aún las pústulas de la viruela ó las ronchas del sarampión; á algunos, al través de las capas de suciedad y polvo que les afeaban el semblante, se les traslucía el carmín de la manzana y el brillo de la salud; otros ostentaban desgreñadas cabelleras, que si ahora eran zaleas ó ruedos, hubieran sido suaves bucles cuando los peinaran las cariñosas manos de una madre. No era menos curiosa la indumentaria de esta pillería que sus figuras. Veíanse allí gabanes aprovechados de un hermano mayor, y tan desmesuradamente largos, que el talle besaba las corvas y los faldones barrían el piso, si ya un tijeretazo oportuno no los había suprimido; en cambio, no faltaba pantalón tan corto que, no logrando encubrir la rodilla, arregazaba impúdicamente descubriendo medio muslo. Zapatos, pocos, y esos muy estropeados y risueños, abiertos de boca y endeblillos de suela; ropa blanca, reducida á un jirón, porque, ¿quién les pone cosa sana para que luego se revuelquen en la carretera, y se den de mójicones todo el santo día, y se cojan á la

zaga de todos los carruajes, gritando: "¡Tralla, tralla!"

De lo que ninguno carecía era de cobertera para el cráneo: cuál lucía hirsuta gorra de pelo, que le daba semejanza con un oso; cuál un agujereado fieltro sin forma ni color; cuál un canasto de paja tejido en el presidio, y cuál un enorme pañuelo de algodón, atado con tal arte, que las puntas simulaban orejas de liebre. ¡Oh, y qué cariño profesaban los benditos pilluelos á aquella parte de su vestimenta! Antes se dejarían cortar el dedo meñique que arrancar la gorra ó el sombrero; nada les importaba volver á casa de noche sin una pierna del calzón ó sin un brazo de la chaqueta; pero con la cabeza descubierta, sería para ellos el más grave disgusto.

Vivía el barrio entero en la calle, por poco que el tiempo estuviese apacible y la temperatura benigna. Ventanas y puertas se abrían de par en par, como diciendo que donde no hay no importa que entren ladrones; y en el marco de los agujeros por donde respiraban trabajosamente los ahogados edificios, se asomaba ya una mujer peinándose las guedejas, y de la cual sólo distinguía el transeunte la rápida aparición del brazo blanco y la obscura aureola del cabello suelto; ya otra, remendando una saya vieja; ya lactando á un niño, cuyas carnes rollizas doraba el sol; ya mondando patatas y echándolas, una á una, en grosera cazuela... Esta vecina atravesaba con la *sella* de relucientes aros camino de la fuente; aquélla se acomodaba á sacudir un refajo ó á desocupar, mirando hacia

todos lados con recelo, una jofaina; la de más acá salía con ímpetu á administrar una mano de azotes al chico que se tendía en el polvo; la de más allá volvía con una *pescada,* cogida por las agallas, que se balanceaba y le flagelaba el vestido. Todas las excrecencias de la vida, los prosaicos menesteres que en los barrios opulentos se cumplen á sombra de tejado, salían allí á luz y á vistas del público. Pañales pobres se secaban en las cancillas de las puertas; la cuna del recién nacido, colocada en el umbral, se exhibía tan sin reparo como las enaguas de la madre... Y no obstante, el barrio no era triste; lejos de eso, los árboles próximos, el campo y mar colindantes, lo hacían por todo extremo saludable; el paso de los coches lo alborotaba; los chiquillos, piando como gorriones, le prestaban por momentos singular animación; apenas había casa sin jaula de codorniz ó jilguero, sin alelíes ó albahaca en el antepecho de las ventanas; y no bien lucía el sol, las barricas de sardinas arenques, arrimadas á la pared y descubiertas, brillaban como gigantesca rueda de plata.

Tampoco faltaban allí comercios que, acatando la ley que obliga á los organismos á adaptarse al medio ambiente, se acomodaban á la pobreza de la barriada. Tiendecillas angostas, donde se vendían zarazas catalanas y pañuelos; abacerías de sucio escaparate, tras de cuyos vidrios un galán y una dama de pastaflora se miraban tristemente viéndose tan mosqueados y tan añejos, y las cajas *tremendas* de fósforos

se mezclaban con garbanzos, fideos amarillos, aleluyas y naipes; figones que brindaban al apetito sardinas fritas y callos; almacenes en que se feriaban cucharas de palo, cestería, cribas y zuecos: tal era la industria de la cuesta de San Hilario. Allí se tuvo por notable caso el que un objeto adquirido se pagase de presente, y el crédito, palanca del moderno comercio, funcionaba con extraordinaria actividad. Todo se compraba al fiado; cigarrera había que tardaba un año en saldar los chismes del oficio. Reinaba en el barrio cierta confianza, una especie de comadrazgo perpetuo, un comunismo amigable: de casa á casa se pedían prestados, no solamente enseres y utensilios, sino "una sed„ de agua, "una nuez„ de manteca, "un chisquito„ de aceite, "una lágrima„ de leche, "un nadita„ de petróleo. Avisábanse mutuamente las madres cuando un niño se escapaba, se descalabraba ó hacía cualquier diablura análoga; y como el derecho de azotar era recíproco, las infelices criaturas estaban en peligro de ser vapuleadas por el barrio entero.

Pronto se acostumbró la madre de Amparo á su nueva vecindad: tenía la cama próxima á la ventana, y nadie pasaba por allí sin detenerse á conversar un rato... Las pescaderas la referían sus *lances,* y la tullida compraba desde su lecho sardinas, pedía agua, oía chismes sin número, forjándose en cierto modo la ilusión de que tomaba el aire libre... Por lo que hace á Amparo, fué presto la reina del barrio: reíanse los marineros, abierta la boca de oreja á ore-

ja, dilatando sus anchos semblantes de tritones, cuando la veían pasar; los carabineros del Resguardo la echaban flores... Casi todos manifestaron sentimiento al saber que "andaba" con un oficial, un señorito de allá del barrio de Abajo.

XXXI

PALABRA DE CASAMIENTO

Desde que tuvo secretos que confiar, por natural instinto Amparo se arrimó á la Comadreja más que á Guardiana. Esta andaba no sé cómo, medio enferma, con la paletilla caída, según decía; y por más que se la levantó una saludadora con los rezos y ensalmos de costumbre, la paletilla seguía en sus trece, y la muchacha tristona, pensando en cómo quedaban sus pequeños si se muriese ella. Hallaba Amparo en el semblante de Guardiana no sé qué limpidez, qué tranquilidad honesta, que la helaban en los labios el cuento de amores cuando iba á empezarlo; al paso que Ana, con su nervioso buen humor, su cara puntiaguda rebosando curiosidad, convidaba á hablar. Amparo la tomó por confidente y hasta por compañera. Ana, viuda á la sazón de su capitán mercante, que andaba allá por Ribadeo, se prestó gustosa á ser, en cierto modo, la dueña guardadora de la Tribuna. Por su parte Baltasar se apoderó de Borrén. Estaban aún los dos enamorados en el período comunicativo.